

*Desencuentros* (sexta entrega) por Buzo de nostalgias

46.

Santiago caminó durante horas por los jardines de ciudad universitaria. Era una noche agradable de verano. No podía creer lo que había visto, necesitaba digerirlo. Le quedaba claro que viviría con el fantasma de Renata por el resto de su vida. Se sentó en una de las rocas volcánicas. Le faltaba el aire. Su relación con Lucía había sido un verdadero fracaso y ahora esto. Renata, Renata, Renata, gritó. Cerró los ojos. No pudo evitar recordar los mejores años que vivió al lado de ella, su estancia en París, el descubrimiento de su sexto dedo.

Quizás, pensó Santiago, habían sido como dos cangrejos ermitaños, desprotegidos, vulnerables, pero que supieron encontrar un caparazón para enfrentar la vida. Ambos habían tenido infancias difíciles. El padre de Renata, un político que en algún momento había sido importante, al ser

expulsado por el sistema, empezó a beber como un loco. En la noche, cuando su madre y hermanos ya dormían, Renata oía tropiezos de su padre entrando a altas horas de la noche, y después gritos, portazos y a la mañana siguiente al bajar al desayuno, encontraba a su padre tumbado en el sillón de la sala con el hedor aún vivo de la noche anterior. De adolescente, Renata iba a fiestas inexistentes y con amigos inventados, con tal de llegar tarde y evitar las infernales noches en su casa. Renata había entablado una muy buena relación, casi paternal con Alberto, su profesor de pintura de la preparatoria. Al ver la pasión de su alumna por la pintura y después de oír las historias de su vida familiar, Alberto le había dado las llaves del taller de pintura de la escuela, con la ventaja de que éste tenía acceso directo a la calle.

Santiago recordó cómo aquel día, tumbados en la cama después de hacer el amor, hablaron hasta el amanecer. Renata le confesó a Santiago que lo envidiaba, ya que ella siempre había tenido amigos ficticios y fiestas fantasmas. Todas eran artimañas para desaparecer durante horas en el húmedo taller y pintar, pintar hasta el momento de volver a casa, unas horas antes de que la familia se levantara. El amarillo eran sus lágrimas, el verde pálido su dolor.

Santiago se abrió totalmente a Renata y también le platicó sobre su niñez rota por un doloroso divorcio. Le

confesó que aunque fuera amiguero y tuviera bastante pegue en las fiestas, siempre se sentía solo. Había veces en que en esas interminables pachangas, ansiaba la soledad de su cuarto y el silencio de sus libros. Después vendría la fotografía y su vida cambiaría. Las fiestas se convertirían en largas noches de encierro en su cuarto oscuro, su celda de placer, revelando y ampliando, bañado en la cálida luz roja.

No fue durante la primera noche en la cama en que Renata descubrió su sexto dedo del pié. Esa noche los pies no fueron protagonistas de la historia, los personajes estaban más ocupados en tocarse otras partes del cuerpo como caballos desbocados. Era de día y Renata había preferido hacer el amor con Santiago que asistir a sus clases vespertinas de pintura. La suave luz azulosa de un París frío y nubloso radiaba los cuerpos desnudos de los amantes. Renata recorría con caricias el cuerpo de Santiago que cerraba los ojos para disfrutar al máximo de ese delicioso placer. De pronto las caricias cesaron. Santiago abrió los ojos y se incorporó. Renata observaba con atención su pie izquierdo.

- Renata, no te asustes, se me había olvidado decirte, es algo que...

Renata le cubrió la boca con la palma de la mano en señal de silencio y lo besó. Lejos de molestarle, Renata

parecía fascinada por esa particularidad del cuerpo de Santiago. Jamás le pidió que le explicara el porqué de ese sexto dedo y durante los casi seis años de noviazgo, se limitó a adorarlo. Le puso un nombre y cada vez que podía lo acariciaba y le hablaba como a un bebé. Santiago se extrañó de la reacción tan inesperada de Renata, pero sabía que sus sentimientos eran genuinos y por lo tanto no le molestó y siguió los juegos de su novia.

Durante tardes enteras, aún bajo la lluvia, Santiago buscaba como el drogadicto que ansía el líquido cálido que recorrerá sus venas, objetos para saciar el hambre de su cámara y de su alma. Debajo de los puentes, en los callejones más escondidos, en los basureros. Ahí encontraba la fuente de su inspiración.

- Son bellísimas. Has descubierto que el arte está en todas partes, le susurró Renata al oído mientras lo abrazaba.

Lo mismo pensaba Santiago de los lienzos de Renata. Eran oscuros, tristes, pero había en ellos una belleza insólita. Al ver sus fotografías y los óleos de Renata, Santiago no podía dejar de pensar en el poeta maldito, Beaudelaire, que había logrado crear belleza de lo grotesco e inmundo. Algunas noches de insomnio, amargas sin la presencia de su amante, Santiago pensaba en aquello, así como en la historia que siempre le había sorprendido del

compositor Paganini, que decían que había pactado con el diablo para crear una música tan bella. Tenía la fantasía de que Renata y él eran jóvenes malditos por su arte y que aquella belleza tan oculta no dejaba de tener algo de prohibido.

“A esa edad, cuando sientes que el mundo está a tus pies, con esa soberbia y frescura tan propias de la adolescencia, cualquier cosa que te haga distinto, que te particularice del resto, es importante y se vuelve una fantasía entrañable”, pensó Santiago mientras miraba a una pareja que se besaba con pasión en una banca contigua.

La luna de miel parisina, de total libertad y lejos de las presiones familiares, llegó a su fin. Santiago y Renata tomaron la decisión de vivir juntos en México, aunque sabían de antemano que serían criticados con saña por familiares y amigos. La ciudad de México los regresó con violencia a la cruda realidad. En París, todo era perfecto como en un sueño. Eran desconocidos que hacían lo que se les viniera en gana. Esa simulación de libertad y bienestar absolutos se fue diluyendo poco a poco, con el smog y tráfico de la urbe capitalina.

47.

Un año había pasado ya. Lucía tenía la fantasía de que Santiago la buscaría, le llamaría a altas horas de la noche, ebrio de tristeza y soledad, buscando el candor de su voz. Nada de eso sucedió. Como cualquier mujer lastimada en el amor, Lucía pensó que por lo menos tendría esa consolación del alma que enorgullece y alienta el ego. No podía culpar a Santiago, la decisión de terminar con la relación había sido suya.

Lucía regresó a su vida cotidiana: ir a dejar a los niños a la escuela, ir al super, dar órdenes en su casa a los sirvientes, supervisar la comida, llevar a sus hijos a las múltiples clases en la tarde. Ni siquiera disfrutaba escaparse a nadar al club como en otros tiempos. Los cafés con sus amigas la desesperaban, los ridículos chismes, la comidilla de toda la sociedad, las historias de muchachas que no habían regresado después de las vacaciones. Ni siquiera Paula, su mejor amiga la comprendía. Sabía que se iría alejando poco a poco de la vida en la cual se veía forzada a jugar un papel de autómatas, a ser el títere del gran titiritero llamado sociedad, con sus reglas absurdas, para internarse en un mundo interior lleno de sombras, en

una lucha campal contra sus monstruos internos sin rostro ni nombre.

Con el paso del tiempo, Lucía había logrado entender un poco más la enfermedad de Jorge su marido. A raíz de la crisis existencial por la que estaba pasando, supo por primera vez que la adicción al trabajo de su esposo era simplemente un escudo para no dejarse sentir, para no sufrir. En esos momentos hubiera dado cualquier cosa por tener algo que la protegiera del dolor. Llevaba tiempo pensando en esto y cada vez su razonamiento era más claro y contundente. Llegó a envidiarlo por su capacidad morfológica, por su habilidad camaleónica, por su destreza en impedir que el dolor más puro y más punzante lo invadiera. Era evidente, pensaba Lucía, que cualquier adicción y sobre todo una que consumía cada respiro, cada neurona y cada latido del corazón de Jorge, no le permitía hacer la mínima introspección sobre su propia existencia. Simplemente no había tiempo: las computadoras, celulares y demás artefactos con nombres raros de frutas, como su *Blackberry*, controlaban el tiempo y el espacio de Jorge.

Lucía pensaba que Jorge, conscientemente o no, se había abandonado a estas fuerzas tecnológicas que controlaban su mente y no le permitían tregua alguna. Un trabajo como el de él, plagado de despertadores que sonaban en la madrugada y cuyo zumbido posteriormente se repetía

durante el día a través de llamadas de teléfono, celulares, conferencias virtuales, mensajes electrónicos. Alarmas al fin y al cabo, pensó Lucía, alarmas que no dejan de recordarnos el infierno de una vida enloquecida, que no hacen más que enmascarar y proteger del ser más temible que exista: uno mismo.

Lucía en algún momento de su relación, había intentado establecer algún tipo de conversación filosófica con su esposo, acerca de lo que representaba la vida, la muerte, la soledad o bien las razones mismas del existir. Recuerda muy bien la mirada de Jorge, pasiva, indagando si se trataba de una mala broma o pensando en lo que haría dos minutos después. Girando, siempre girando. La mente licuada por el trabajo, la ambición y el dinero.

Un sábado en una calurosa tarde de verano, Lucía se tiró en la cama a ver el techo. Era todo un ritual para Lucía. Le gustaba poner su mente en blanco y armar figuras con las texturas del techo. Configurar personajes fantásticos, construir historias con ellos, ponerlos a dialogar. Se podía pasar horas enteras en estas mutilaciones de tiempo y espacio. A veces esta actividad le recordaba las largas horas que había pasado sentada en el baño, las piernas cruzadas y la mirada fija en los diseños del papel frente a ella, en una búsqueda de respuestas

inexistentes que calmaran ese fuego vivo que la devoraba por dentro sin compasión alguna. Ese día, como un acto de magia pura, su esposo y tres hijos se habían esfumado por completo. Cosa rara, Jorge se los había llevado a Cuernavaca a casa de un amigo a pasar el día. Ni siquiera perdió el tiempo en invitar a Lucía, sabía que no vendría. Se había acostumbrado a ir solo a todos los eventos sociales y la gente también había dejado de preguntar por ella después de que Jorge, como disco rayado repetía. "Lucía no se sentía muy bien y por eso...".

En una de las pocas interrupciones a su pasatiempos, ya fuera para ir al baño o para servirse un poco más de whisky, Lucía prendió el radio. Buscó una estación tranquila, que armonizara con su estado de ánimo. El estruendo de algunas estaciones la irritó y estuvo a punto de lanzar el aparato contra la pared cuando de pronto sintonizó una estación de música clásica. Detuvo la búsqueda, le subió el volumen y se volvió a tirar en la cama a contemplar el techo después de sorber con un largo trago lo que quedaba en su vaso. Era maravillosa esa música, sí, era un chelo que suspiró con ella. No pudo evitar pensar en Santiago. La nostalgia la invadió de nuevo. Ese chelo le pareció tan cercano que tuvo ganas de tocarlo, de abrazarlo. Se quedó con el radio prendido, quería saber qué piezas eran esas, quién era el chelista.

Quería que ese momento durara para siempre. Sólo el whisky y ese chelo le ofrecían un consuelo.

Corrió por una pluma. En el primer cajón encontró un pedazo de papel y garabateó: "Jan Urban. Orquesta Sinfónica de Praga".

48.

Mark y Elda no habían tenido hijos. Habían intentado sin muchos esfuerzos, pero no se habían preocupado. Mark creía que era lo mejor, por algo pasaban las cosas, pensaba. Estaba convencido de que el destino había decidido no entregarles a un ser trémulo en ese pueblo de rocas y tormentas.

Había días en que, sentado en aquella colina frente al mar, en esos momentos únicos de diálogo con la naturaleza, Mark recordaba una y otra vez una escena que no lograba borrar de su mente. Hacía ya muchos años, veinte tal vez, pero lo recuerda con precisión. Era un domingo y había quedado de reunirse con algunos pescadores en un *pub* a la orilla del mar.

Era una cálida tarde de verano. La brisa era suave y los pobladores de Killarney habían salido a los parques y a la playa a tomar el sol. Aún en el verano, no era común tener una tarde tan agradable como aquella. Después de una rica comida de pescado frito y papas, regada por unos cuantos litros de cerveza oscura, Mark observaba desde la

terraza a un grupo de jinetes en la playa. Eran alrededor de diez, de distintas edades, todos con sus cascos de terciopelo. Hicieron una carrera. Se quedó mirando fijamente a una adolescente de unos veinte años. Mark nunca había visto una sonrisa tan fresca, ni una soltura tan natural en el cuerpo que se deslizaba con el del animal, formando una simbiosis perfecta. La oyó reír a lo lejos, una risa juguetona que no le temía a nada, un verdadero regalo en esa tarde en dónde el sol estaba a punto de ocultarse. Y después la siguió observando cuando entró al *pub*, no podía quitarle los ojos de encima. Veía cómo movía las manos al hablar, cómo interactuaba con sus compañeros, se veía tan inocente y fresca. De pronto la chica volteó y sus miradas se cruzaron por unos instantes. Ella le sonrió. Él intentó corresponderle pero no pudo.

Cuando recordaba esa escena, Mark se imaginaba en lo que hubiera sido tener una hija. Alguien que lo acompañara en sus recorridos, que le sonriera como lo había hecho esa joven amazona.

El viento empezaba a soplar con más fuerza. Se levantó de la roca y miró el cielo, una tormenta se avecinaba. Ahora sí sería prudente regresar a casa, pensó.

Abrió la puerta de madera deslavada. En ese lugar todo, absolutamente todo era roído y habitado por el mar: las cortinas carcomidas por la sal, los muebles, el moho de los cojines de la sala, las sábanas húmedas. Entró a la habitación principal. Elda dormía apaciblemente. Era tarde pero no podía dormir. El recuerdo de esa chica lo había encantado de nuevo y no le permitiría conciliar el sueño en los próximos días. Se puso el grueso pijama de franela a cuadros, sus pantuflas de borrega y se dirigió a su estudio. Ahí se sentó en el sillón y vio cómo la tormenta se desplomaba. Prendió el radio. Un chelo sonaba y sonaba.